

Azorín y el paisaje

Colaboración de *Luis VILLARONGA*

Azorín es un contemplativo, un hombre extático. De ahí que la literatura de Azorín sea, más que nada, paisaje. Paisaje de campos, paisaje de ciudades, paisaje de callejas solitarias. Paisaje de Castilla, de Levante, de Vasconia. ... siempre el paisaje de España, de su España tan amada. Se ha dicho que Azorín da la impresión de un "pasmado", así es siempre el hombre contemplativo: absorto, extático. Cuando es un escritor, ese hombre será casi siempre un soberbio descripcionista. Un descripcionista de las cosas, de los paisajes, de los seres. Los detalles menudos de los paisajes y de las cosas han sido observados por él y anotados para futuras páginas literarias.

En la descripción del paisaje Azorín muestra las condiciones predominantes de su estilo: sobriedad, precisión, claridad. La pincelada de Azorín es exacta, definitiva. El paisaje de Azorín está hecho de cuatro trazos nítidos, escuetos y firmes.

Los elementos del paisaje azoriano no son abundosos. Podría enumerarse fácilmente: los cipreses hieráticos destacándose en el cielo azul, las callejitas de menudos guijos, las plazas silenciosas, las paredes encaladas, las puertas de cuartelones, campos con cuadros de sembradura y de barbecho con bosquecillos de chopos y la línea azul de la sierra en la distancia, viejas enlutadas, hidalgos que se deslizan como sombras por las callejas. Los paisajes de Azorín son silenciosos y apacibles. Como es él. Cuando suena una voz o una nota es para hacer más intenso el silencio. Una flauta que suena en la noche, el silbido del tren en marcha, las campanitas de las iglesias y los conventos, el canto monótono del grillo, el pregón del buhonero: son sensaciones de paisaje que se clavan para siempre en el alma del lector de Azorín. Y esos elementos del paisaje se repiten con suma frecuencia en los paisajes, en los libros, de Azorín; pero producen siempre el mismo encanto. Y es porque aún cuando los elementos del paisaje sean siempre los mismos la emoción del gran artista está siempre renovada. Quizás podría decirse que el paisaje es, uno por la forma; pero siempre vivo, vívido y múltiple por la emoción. Y así como su paisaje es uno, es único. Es único como es única la emoción azoriniana.

La sobriedad del estilo, como la sobriedad de la descripción, determina la eficacia de la sensación. En un estilo profuso la situación se diluiría. El pai-

saje de Azorín está hecho tanto de sensación como de líneas físicas de forma y tonos de luz. Azorín es sobrio en el color. Pertenece a la escuela de Velázquez más bien que a la de Murillo. Pero lo que le falta en color lo tiene en sensación, en emoción. Por la precisión de la línea habría que afiliarlo a la escuela de Rafael.

Los paisajes de Azorín están formados de naturaleza y espíritu. El espíritu interviene en ellos tanto como la naturaleza. Si las formas materiales son de naturaleza —campos, pueblos, árboles, nubes— lo que los anima y los hace maravillosos es la emoción. La emoción del gran artista de la naturaleza y del espíritu. La emoción reconcentrada, recóndita, pero a veces intensísima del gran autor.

El paisaje de Azorín es como su carácter personal: es sobrio, es reconcentrado, es austero, es verídico. La vida de Azorín es más interior que exterior. El paisaje de Azorín es una réplica de su alma. Podría decirse que es "un estado de alma". Pero un estado de alma que en Azorín es continuo, permanente. La vida de Azorín, toda la vida de Azorín, es ese paisaje. Y si ese paisaje es el paisaje español por excelencia, el paisaje que es tierra y alma de España, entonces Azorín es el más español de los escritores españoles.

El paisaje de Azorín siendo, como es, sobrio y sencillo es, a veces solemne, por su intensidad, por la presencia en él de un alma ansiosa, ante el pasar inexorable del tiempo. De los seres y las cosas.

El paisaje de Azorín, como su alma, como su vida, como su obra toda, está hecho de finura y exquisitez.

San Juan, Puerto Rico

Una niña

Por *Oscar ACOSTA*

(En Rep. Amer.)

Sólo hay una niña en este mundo.
Sólo una niña blanca, rosa, tierna como un lucero.
Sólo una niña. Sólo una niña para quererla
por los cuatro costados, para querer sus calcetines,
sus zapatos, sus camisas, sus sombreros,
para querer lo que ella tenga, sus sollozos,
su inocencia, su risa de dos lados.
Sólo una niña hay en este mundo;
aprendamos a amarla, mirémosla fijamente,
sonríale, amiguitos, que es la única,
que no hay otra chiquilla como ella a miles de millas
a la redonda; disfrutemos de su presencia en esta casa.
Que en la puerta las bandas de música municipales
llamen a todo el mundo, que llamen a los pájaros,
que llamen a los niños, que llamen a los hombres,
que las mujeres vengan a verla con el brazo apoyado
en su maternidad, en su grandísima envidia;
que vengan a ver a esta niña blanca, rosa,
tierna como un lucero. Que vengan a ver a mi hija.

Lima, Perú, 1955.

Poema de esclavitud

(En Rep. Amer.)

Con un rayo de luna estoy atada
las manos y los pies:
y no puedo esquivarme del suplicio
de esta dulzura cruel,
que mansamente me ha ceñido toda
con un beso de miel...

Estoy atada frente a los caminos
florecidos de fe,
y en el recodo del paisaje se alzan
cuatro arboledas que me gritan: Ven!
pero no puedo desatar el nudo
de esta dulzura cruel...

Y lloro largamente bajo el cielo,
atadas las manos y los pies...!

ALICIA PRADO SACASA

México, D.F. 1957

Elegia fúnebre

En la tumba de mi madre
(Q.E.P.D.) (21-2-57)

(En Rep. Amer.)

Por las puertas calladas de la muerte
te fuiste de la vida; madre amada...
que nada turbe tu última morada
en ese sepulcral silencio inerte.

Tu sueño eterno una oración desplerte
ahora que tu alma se fue a la nada,
nadie profane la paz inviolada
donde tu cuerpo en polvo se convierte...

Para iniciar la larga travesía
tu mano temblorosa en la agonía
rasgó el crespón del misterioso velo...

Descansa oh madre con la paz cristiana
todos lloramos tu partida arcana
de seguro estarás, allá en el cielo!

LUIS OCHOA CASTRO
(Argentino)